

sobre aquél. Y aquí concluyó el miedo a las bayonetas francesas.

"Lo mismo hicieron con todo, y así avanzó la intervención por la comarca de México, hasta dejar a Maximiliano y Carlota en su trono y su capital".

Napoleón sextuplica su Ejército y comete su mando a Forey

Necesidad de acumular mayores contingentes de ocupación —
 Lorencez indeciso — Permite que Márquez se ponga al habla
 con Almonte — Las tropas del Tigre de Tacubaya, chus-
 mas de andrajientos — Honrosa excepción entre el infame
 clero — Zaragoza y Ortega exhortan al invasor a desistir de su
 empresa — Malógrase un golpe de mano en el Cerro del Borrego — El revés republicano y los
 dictorios de un aborto fornecino — Los adictos a la intervención
 no aparecen por lado alguno — El emperador sostiene a Saligny
 contra viento y marea

CAPITULO XVII

**NAPOLÉON SEXTUPLICA SU EJERCITO
Y COMETE SU MANDO A FOREY**

"En realidad sólo se podía edificar sobre una acción militar, pues en México todo tenía que ser impuesto con las armas en la mano".

CONTE CORTI.

EL desastre de Puebla demostró, pues, a Napoleón III, la magnitud de la empresa en que se había comprometido; así como que el adueñarse de México no iba a ser obra de tan pronta ejecución como lo pensaba, ni de éxito tan seguro. Bien por lo contrario, requeriría sacrificios inmensos en sangre y en dinero.

Sin embargo, retirarse con lo avanzadas que estaban ya las operaciones, equivaliera a reconocer ostensiblemente el error, a justificar los airados ataques de la oposición y a poner, por último, en peligro la estabilidad del régimen imperial.

**PARA TOMAR LA REVANCHA NAPOLÉON III
SEXTUPLICA SU EJERCITO Y CAMBIA JEFE**

No había más remedio, por problemático que fuere el desenlace, que persistir en el empeño.

En consecuencia, Napoleón III decidió enviar a México un ejército seis veces más numeroso que el primitivamente destinado a su conquista, y sustituir al fracasado Lorencez por el general Elías Federico Forey; uno de los más incondicionales instrumentos del golpe de Estado de 1851, que exaltó al Pequeño Bonaparte al trono de Francia.

Al mismo tiempo empezaba el vértigo de los millones, al votar la Asamblea Legislativa un crédito de siete millones de francos para gastos de guerra, y de seis para la marina. En el transcurso de los debates, Jules Favre había prodigado elocuencia desde la tribuna, para insistir sobre lo descabellado de la aventura. Entre otros contundentes argumentos, esgrimió estos:

"¿Decís que contamos con la parte sana de la población —de México—? ¿Con la parte sana de la población que vendría al encuentro del invasor del territorio? ¡Esa sería la parte más menospreciable! No habléis de proscritos a quienes hay que impartir protección. ¡Almonte no es un proscrito! Es el comisionista de una candidatura monárquica que acaba de desencadenar sobre su propio país el flagelo de la guerra extranjera".

Sin embargo, tan atinadas razones fueron echadas en saco roto.

LORENCEZ PARECE INDECISO TRAS EL TREMENDO DESCALABRO QUE RECIBIO

A raíz de la derrota, Lorencez parece haberse abismado en la perplejidad y en la indecisión. Dos días mantúvose a corta distancia de Puebla; hasta que, por fin, el ocho de mayo, después del mediodía, inició la marcha rumbo a Amozoc, donde permaneció hasta el diez, eso compelido por la presión que en su ánimo ejercían Almonte y Saligny, quienes esperaban que Leonardo Márquez, después de haber abandonado a Zuloaga, que buscaba consuelo en Cuba al fracaso de su gobierno, se les reuniera.

Pero como el jefe supremo de las fuerzas expedicionarias tuviera noticia de que el odiado jefe reaccionario, hijo predilecto de la iglesia, no estaría aún en aptitud de incorporár-

sele, continuó el movimiento de retroceso y pasó, en sucesivos días, por Tepeaca, Acatzingo, Quecholac, Palmar; y temeroso de una sorpresa, tomó dispositivos en las Cumbres, cuyo camino los patriotas habían sembrado de obstáculos, pero no encontró enemigos y pudo alcanzar Acultzingo el dieciséis.

MARQUEZ SE APERSONA CON LORENCEZ QUE LE PERMITE ENTREVISTARSE CON ALMONTE

En ese mismo lugar, el día diecisiete, conferenció Márquez con el general francés, quien le permitió trasladarse a Orizaba, a efecto de que se pusiera al habla con Almonte.

Márquez anunció que sus tropas llegarían en el transcurso de las siguientes veinticuatro horas; pero fueron atacadas por el general Tapia, quien, al frente de quinientos dragones, estaba ya a punto de derrotarlas en las proximidades de Texmelucan, y de fijo las hubiera deshecho, a no mediar el auxilio que a los intervencionistas dió el comandante Lefèvre, con un batallón compuesto de medio millar de hombres. Así es como la ciega y veleidosa fortuna parece complacerse en cambiar las fases de los acontecimientos, y tornar, lo que ya parece un triunfo decisivo, en un doloroso descalabro.

No falta quien atribuya a Lorencez, visto el adverso resultado de la batalla del cinco de mayo, el firme designio de retirarse hasta el puerto de Veracruz; pero de estar en lo cierto quienes tal suponen, la presencia de Márquez debe de haberle hecho rectificar semejantes propósitos, y detenerse en Orizaba, como Almonte y Saligny con tal vehemente afán se lo pedían.

Desde que los franceses emprendieron la marcha sobre Puebla, el general De la Llave, que habíase posesionado de El Chiquihuite, mantuvo cortadas las comunicaciones con Veracruz; de tal manera que ni el capitán de marina Roze, jefe supremo del puerto, lograba tener la menor noticia de Lorencez, ni éste de aquél. Tres correos indios que, seducidos por la promesa de que su traición les sería estipendiada con la suma de trescientos pesos, y que se aventuraron a hacerse portadores de un billete en cifra, dirigido al comandante Roze, fueron sucesivamente ejecutados, conforme caían en poder de los republicanos.

Pero las tropas libertadoras, en cuanto Lorencez ocupó Orizaba, fueron desalojadas de aquellas sus posiciones.

MAS QUE UN EJERCITO EL DE MARQUEZ ERA UNA CHUSMA DE ANDRAJOSOS PORDIOSEROS

Las fuerzas de Márquez, en lugar de constituir un contingente militar del que sin más tardanza se pudiese disponer estaban en la más lastimosa desnudez, y apenas si muy de para el mejor éxito de las operaciones en perspectiva, vinieron a echar una pesada carga sobre los hombros del invasor; pues tarde en cuando se conseguía que, como una verdadera limosna, los franceses las socorrieran con exiguas cantidades de dinero.

Almonte, que muy envanecido llamábase "jefe supremo de la nación", deseoso de aliviar laceria tanta, cometió el desatino, que da la medida de sus capacidades, de lanzar, sin garantía de ninguna especie, una emisión de billetes de circulación forzosa, cuyo valor fluctuaba entre cinco pesos y un real, y cuya répulsa era castigada con muy severas penas; inclusive a los comerciantes con el decomiso de mercancías.

Como el más obtuso hubiere podido prever, los mercaderes ingleses radicados en el puerto de Veracruz, elevaron contra ese monstruoso atropello una enérgica protesta ante su ministro, Mr. Wyke; quien puso de manifiesto que como ni Almonte ni aquellas personas que mandaban en su nombre, "derivaban el poder que ejercían de ninguna autoridad legalmente constituida en el país"; los franceses eran los indirectamente responsables de los abusos denunciados, así por sostener las absurdas pretensiones del empecatado monarquista, como por haber puesto la aduana de Veracruz a merced de sus adictos, en vez de conservarla en sus manos desde a raíz de que las tropas españolas evacuaron la ciudad.

AMONESTADO POR SUS AMOS EXTRANJEROS ALMONTE DEROGA SU UKASE SIN MAYORES EXPLICACIONES

Mr. Wyke hacía hincapié en que, caso de que los comerciantes cuyos intereses eran tan profundamente lesionados, continuaran siendo compelidos a acatar la desatinada dispo-

sición, deberían dirigirse "a la principal autoridad francesa del lugar, y presentarle su protesta en la forma de costumbre, a fin de que retirase su protección a una facción que, abandonada a sus propias fuerzas, no podría causar daño ninguno en nombre de un gobierno de farsa, cuya existencia era ignorada en la mayor parte de la República; que la opinión rechazaba donde era conocido, y que sólo mandaba en dos ciudades donde era apoyado por las bayonetas francesas".

Amonestado por el general de los expedicionarios franceses, el que se autodenominaba "jefe supremo de la nación", tan despótico con los mexicanos a quienes la desgracia ponía bajo su férula, como servil con sus amos extranjeros, derogó sin tardanza su célebre úkase.

El general Félix Doauy, segundo en jefe del ejército intervencionista, había desembarcado mientras tanto en Veracruz el 16 de mayo, al frente de trescientos hombres, y el diez de junio inmediato llegó a Orizaba, acompañado de un convoy compuesto de cuarenta carros, a los que daba escolta parte de la fuerza que con él había venido a México.

Pero el júbilo que la presencia de Douay produjo, vióse empañado por el asalto que el guerrillero republicano Honorato Domínguez efectuó sobre otro convoy, y en el que, más de cuarenta hombres que lo custodiaban, sólo dos pudieron salvar la existencia.

Hecho tan grave, obligó a Lorencez a destacar a Márquez de Orizaba, con fuerzas suficientes para poner a salvo las comunicaciones con Veracruz.

HONROSA EXCEPCION ENTRE EL SACERDOCIO FUE LA ACTITUD DEL CLERO DE GUADALAJARA

Resentido el jefe de la expedición francesa con Saligny y con Forey, a cuyas falsas y optimistas informaciones achacaba el desastre de Puebla, habíase apartado de ambos. Máxime cuando consideraba que a las torpezas que cometían habíase debido también el que algunos jefes reaccionarios reconocieran al gobierno de Juárez, y hasta una protesta elevada por el clero de una de las ciudades más religiosas del país, contra la intervención francesa en México.

Digno efectivamente es de transcribir aquí la patriótica respuesta que el cabildo eclesiástico de Guadalajara, dió al oficio en que el Supremo Tribunal de Justicia de Jalisco, exhortábale a hacer públicos, con toda sinceridad y con toda libertad, los sentimientos que la presencia de tropas extranjeras en territorio nacional, le suscitaban:

"Con sumo agrado —manifestaba la contestación—, ha visto este cabildo eclesiástico la comunicación que por el órgano de su digno presidente le ha dirigido el Supremo Tribunal de Justicia de este Estado, contraída a excitarlo a que con entera libertad haga manifestación de los sentimientos que le inspire su patriotismo en presencia de la lucha que está empeñada con el ejército francés, porque quieren arrebatarnos nuestra libertad y nuestra independencia para imponernos las cadenas de la esclavitud.

"Efectivamente, no se ha equivocado esa corporación ilustre al suponer a los individuos que forman este cabildo, animados de aquellos sentimientos patrióticos y generosos que todo buen mexicano abriga en su corazón. Nuestra independencia nacional, que conquistaron nuestros padres a costa de tantos sacrificios heroicos, la integridad del territorio nacional, el derecho precioso e inalienable que asiste incuestionablemente a la nación para establecer la forma de gobierno que convenga mejor a sus intereses; en suma, todas las prerrogativas inherentes a la soberanía de un pueblo libre y civilizado, son bienes inestimables que este cabildo eclesiástico aprecia, como el que más, en su justo valor, y nunca verá con indiferencia que sean atacados o menoscabados por las fuerzas francesas ni por las de ninguna otra nación extranjera. Desde que brillaron en el pabellón nacional los bellos colores que simbolizan los intereses más caros y preciosos de todos los mexicanos, nosotros, que nos gloriamos de ser miembros de esa gran familia, nos agrupamos llenos de entusiasmo y de júbilo alrededor de aquella enseña gloriosa.

"Hoy, pues, que aquellos intereses peligran con motivo de la invasión e intervención francesa en los asuntos políticos de nuestra República, esta corporación no duda levantar, como lo ha hecho siempre, su humilde voz para protestar a la faz de todo el mundo civilizado, contra la notoria injusticia de los atentados que tiendan a privarla de sus derechos imprescriptibles.

"Con lo expuesto cree este cabildo eclesiástico haber contestado a la excitativa que se le hace. Si los ciudadanos que componen el Supremo Tribunal de Justicia del Estado lo tuvieran por conveniente, esta corporación les suplica que se dignen dar conocimiento de esta exposición al supremo gobierno del Estado.

"Aprovechamos esta ocasión para protestar al presidente del Supremo Tribunal de Justicia de este Estado, todas las consideraciones de nuestro respeto.

"Dios Nuestro Señor guarde a V. muchos años.—Guadalajara, Mayo 13 de 1862.—Firmado.—JUAN N. CAMACHO.—J. M. REFUGIO GORDOA.—JOSE LUIS VERDIA.—C. Lic. Jesús Camarena, presidente del Supremo Tribunal de Justicia del Estado.—Presente".

Desgraciadamente este documento fué, entre todo el clero mexicano, la excepción, aunque honrosísima por cierto, pues puede asegurarse, sin lugar a error, que los altos dignatarios como los párrocos humildes —y salvo uno que otro de éstos—, simpatizaban con la bochornosa causa y habían hecho cuanto de su parte estaba para entregar a México a un poder extranjero, con tal de conservarse en el disfrute, los unos, de sus cuantiosísimos bienes temporales, y de seguir, los otros, gozando de sus muy jugosas obvenciones parroquiales.

DOS PROMINENTES GENERALES MEXICANOS EXHORTAN A DESISTIR DE LA EMPRESA

Ya para los principios de junio, las fuerzas republicanas que militaban a las órdenes de los generales Ignacio Zaragoza y Jesús González Ortega, habían conseguido unirse en el Valle de Río Blanco, para emprender operaciones sobre Orizaba, a donde habían obligado al enemigo a replegarse.

Uno y otro jefes pretendieron entonces persuadir a los invasores a que desistieran de su arriesgadísima aventura; para lo que González Ortega dirigió a Saligny una exhortación que quedó sin respuesta, mientras Zaragoza, por su lado y desde Temalucan, distante doce kilómetros de Orizaba, mandó a Lorenz un comunicado por este tenor:

"Tengo datos para creer que usted y los jefes y oficiales

de la división de su mando, han remitido una protesta al emperador contra la conducta del ministro Saligny por haberlos arrastrado con engaño a una expedición contra un pueblo que antes de ahora ha sido el mejor amigo del pueblo francés. Esta circunstancia, el conocimiento de la situación difícil que guarda el ejército francés y el deseo de procurarle una retirada honrosa, me deciden a proponer una capitulación, cuya base principal sea la evacuación del territorio de la República, en un tiempo convenido. Creo que mi gobierno no reprobará este nuevo llamamiento a la paz, porque sin traslucir mis atribuciones puedo evitar el derramamiento de sangre de los hijos de las dos naciones, a quienes sólo el error y la intriga han podido hacer aparecer como enemigos, y este pensamiento ha sido el del gobierno constitucional desde el principio de la invasión. Si no aceptá este ofrecimiento, hecho a la parte de los franceses que vienen de buena fe, habré llenado mi último deber en la vía humanitaria y procederé a cumplir con las órdenes que tengo, pesando entonces la responsabilidad de lo que venga, únicamente en los que se han obstinado en una empresa condenable por la razón y la justicia".

Lorenz, deseoso de dar largas a una respuesta categórica, para así disponer de mayor tiempo que aprovecharía en mejor distribuir sus tropas; contestó al general Zaragoza que el único facultado para resolver esa cuestión de índole política, era el ministro Saligny.

GONZALEZ ORTEGA PREPARA UNA SORPRESA QUE DESGRACIADAMENTE VESE MALOGRADA

Así, pues, el general en jefe del ejército francés, ordenó que el coronel L'Heriller, que se encontraba en el Ingenio, se replegase a Orizaba con el 99 de línea, sus enfermos, sus almacenes y sus forrajes, e igual movimiento ejecutaron dos secciones de ingenieros que se encontraban en el Chiquihuite; pues la intención era hacerse fuertes en aquella plaza.

Por su parte el jefe supremo republicano, por lo que al mando militar se refiere, acordó que el general González Ortega ocupara sigilosamente el Cerro del Borrego, eminencia de unos trescientos cincuenta metros que domina a Orizaba desde el Oeste. Desde ella se pensaba dar una sorpresa a los defensores del lugar.

La operación estaba por ser rematada venturosamente, protegidos los patriotas por la sombra de la noche, ya que habían conseguido infiltrarse frente de las líneas del intervencionista Taboada, sin ser sentidos; pero un incidente desgraciado, como fuera, según unos, el accidental disparo de un fusil, o, según otros, la denuncia de una mujer indígena, dió la alarma a los invasores y a sus aliados.

Ni tardos ni perezosos, los franceses emprendieron la ascensión del cerro con las mayores precauciones, y volviendo la oración por pasiva, fueron ellos quienes dieron la sorpresa a los patriotas, a quienes acabaron desalojando de la posición, no sin que se trabaran combates, algunos de ellos cuerpo a cuerpo, en que perdieron la vida algunos de aquellos abnegados sostenedores de la dignidad y de la integridad nacionales. Así, adversamente, dió fin aquella acción, librada la noche del 13 al 14 de junio de 1862, y en la que tantas esperanzas cifrado habíanse, de derrotar a los franceses y a sus obedientes servidores.

Sin embargo, el desastre no alcanzó las proporciones que una proclama lanzada por Lorenz le atribuía. En ella se alababa el arrojo de los capitanes Diétrie y Lecler, pero el general absteniase de arrojar dicerios sobre los defensores de la patria.

DE SUS INJURIAS SOBRE LOS REPUBLICANOS EL INDIGNO ALMONTE VUELCA LA CLOACA

La moderación del militar francés hacía aún más odiosa la conducta del bastardo Almonte, quien, a su vez, publicó un manifiesto en que, como en el pantano las aguas putrefactas, efervescían las injurias más atroces y las calumnias más groseras:

"El ejército de Juárez, —expresaba aquel aborto fornicino—, mandado por los demagogos más célebres por sus crímenes contra la sociedad, se ha presentado con la amenaza en la boca, y ha tenido la imprudencia de enviar una intimación arrogante al valiente y caballeresco comandante en jefe de las fuerzas francesas. La más completa derrota que han hecho sufrir ciento cincuenta valientes soldados del intrépido y honorable capitán Diétrie, a cuatro mil hombres de

la famosa división de Zacatecas, ha sido la respuesta que el ejército del Emperador de los franceses ha dado a esas hordas de vándalos que lo creían intimidado...

Pero, no obstante la victoria tan fortuitamente alcanzada y que fué el fruto de una de tantas pequeñas causas que se traducen, en la guerra como en nada, en tan grandes efectos, como fué en esta vez evitar al ejército expedicionario una derrota casi segura y decisiva; los franceses continuaban dándose perfecta cuenta de la impopularidad de la intervención y de lo descabellado de la idea de querer implantar en México una monarquía.

A PESAR DEL TRIUNFO LOGRADO EN EL BORREGO LOS FRANCESES NO VEN ADEPTOS POR NINGUN LADO

Lorencez, en comunicación al gobierno imperial, hacía hincapié en que después del descalabro sufrido por los republicanos en El Borrego, la repugnancia de la nación por la presencia de tropas extranjeras dentro de su territorio, iba en aumento; de que nadie estaba en favor de ellas.

"El partido moderado, añadía, no existe; el partido reaccionario está reducido a nada, y es odioso. Los liberales se han dividido los bienes del clero, y esos bienes constituían la mayor parte de México. Fácil es deducir de este hecho el gran número de personas interesadas en que el partido clerical no se levante... Nadie quiere aquí la monarquía, ni siquiera los reaccionarios..."

Poco después, el 22 de julio, repetía que le apesaraba seguir sin encontrar en México un solo adepto de la idea monárquica; no sin recalcar, con su dejo de ironía, que incubaba la esperanza de equivocarse, y que de prolongar la ocupación francesa luengos años, quizá llegaría a descubrirseles; que de todas maneras hubiera sido necesario no dar a conocer designios semejantes y haber prescindido de aquel Almonte "que desde el fondo de nuestro bagaje se declara jefe supremo de la nación mexicana..." "estoy seguro, subraya, de que nada será posible en México con Almonte y M. S." (Monsieur Saligny).

El militar que clamoreaba —y perdónesenos la insistencia en gracia a lo cómico que resulta el cambio de actitud— que

con los seis mil hombres que primeramente estuvieron bajo su mando, era dueño y señor de México; solicitaba ahora la triplicación de ese número, dos cañones, cuatro morteros...

NADA ACERTABA A DISMINUIR LA PRIVANZA DE SALIGNY EN EL ANIMO DEL PEQUEÑO BONAPARTE

Empero, toda queja contra Saligny estrellábase contra el favor sin límite con que Napoleón III le distinguía. Así se desprende de las instrucciones que al general Forey, destinado a reemplazar a Lorencez en el mando, entregó cuando éste preparábase a emprender el viaje con rumbo a México; instrucciones que están fechadas el 3 de julio de 1862.

Aunque investía al nuevo jefe de los más amplios poderes militares y políticos, colmaba de elogios al intemperante ministro, y subrayaba que de haber sido escuchados sus consejos, el pabellón francés flotaría ya en la ciudad de México; reconocía que ni Dubois ni Almonte habíanle engañado, pues que la derrota sufrida el 5 de mayo en Puebla, había dejado consternada a la población que no reflejaba sino el sentir de otras muchas que a todo lo largo del territorio mexicano simpatizaban con los invasores.

Las recomendaciones precisas para Forey, estaban contenidas en las palabras siguientes: "1o.—Dirigir, al llegar, una proclama cuyas principales ideas le serán indicadas. 2o.—Acoger con la mayor benevolencia al general Almonte y a todos los mexicanos que se le presenten. 3o.—No prohiar las querrelas de ningún partido, declarando que todo es provisional mientras la nación mexicana no se haya pronunciado, y mostrar una gran deferencia hacia la religión, pero tranquilizando al mismo tiempo a los poseedores de bienes nacionales. 4o.—Alimentar, pagar y armar, según sus medios, a las tropas mexicanas auxiliares, haciéndoles representar el principal papel en los combates. 5o.—Mantener en nuestras tropas, así como en las auxiliares, la más severa disciplina; reprimir vigorosamente todo acto o palabra que pueda herir a los mexicanos, pues no hay que olvidar su carácter orgulloso, e importa al buen éxito de la empresa, el conciliarse ante todo el espíritu de las poblaciones".